

Indescriptible

es el éxito que obtienen:

Los Hijos de Nadie

El Triunfo de la Mujer

El Prisionero de Zenda

En prensa:

El Joven Medardus

de la biblioteca

*Los Grandes Films*

así como está obteniendo

Ferragus

En prensa:

El Pago que dan los Hijos

de la Colección de Obras Maestras.

EDICIONES

de la conocida y estimada

La Novela Semanal Cinematográfica

Libros al precio popular de

UNA PESETA.

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 87

25 cts.



GLORIA FATAL

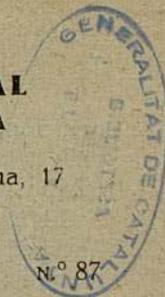
por  
Sybill Mora

**FilmoTeca**  
de Catalunya

**LA NOVELA SEMANAL  
CINEMATOGRAFICA**

Redacción } Gran Vía Layetana, 17  
Administración } Teléfono 4423-A  
BARCELONA

AÑO III



---

---

# Gloria fatal

POR SYBILL MORA

MÜNCHENER FILM — MÜNICH

Concesionario:

E. CANTURRI - Diputación 278 - Barcelona

Con esta novela se regala la postal-fotografía de  
CORINNE GRIFFITH

\*\*\*\*\*

I

Otto Lindemann era el organista de la iglesia de su pueblo, oficio que venía desempeñando desde muy joven sin otro estímulo que su pasión por la música.

De humilde familia, pues su padre era sacristán, siendo niño, un viejo sacerdote diérale las primeras lecciones de solfeo y de com-

posición, comenzando entonces para Otto una vida llena de sueños cuyas vagas aspiraciones buscaban un refugio en el arte.

Cierto día la célebre cantante Frieda Mora, huésped del millonario Enrich que poseía una magnífica propiedad en los alrededores del pueblo, tuvo la curiosidad de hacer una visita al pequeño templo en el que Lindemann ejercía sus modestas funciones de organista.

Era en las primeras horas de la tarde. Frieda, acompañada de Enrich y de la familia de éste, entró en la iglesia llena de sombras, y las notas armoniosas del órgano, al que Lindemann arrancaba sus mejores voces, hirieron su alma sensible.

—¿Quién es el que toca?—preguntó a Enrich.

El millonario lo ignoraba y se encogió de hombros.

—Quisiera conocerlo—añadió la cantante.

Sus ojos se alzaron hacia Otto, mudos y elocuentes, y los ojos del organista recogieron la mirada de aquella desconocida que venía a sorprenderle en la intimidad de su pasión artística.

Demasiado impresionable, Frieda sintió vivamente el deseo de hablar con Otto, al que esperó a la puerta del templo.

—Le he oído tocar a usted—le dijo—, y su música me ha producido intensa emoción.

Otto, desconcertado y halagado por la belleza y por la admiración que le demostraba la cantante, balbució:

—Yo sólo soy un humilde organista.

—Por mucha que sea su humildad, usted es un gran organista—replicó ella.

—No... eso no...—titubeó Otto.

Frieda le interrumpió:

—Espéreme mañana en su casa y, si le agrada, haremos juntos un poco de música.

Se despidieron. En el transcurso de breves instantes, él no pudo moverse del sitio en que la cantante le había detenido para hablarle. Sus pobres ojos de miope se fatigaron detrás de los azules cristales de las gafas siguiendo a aquella mujer que acababa de regalarle con la caricia de los elogios. Cuando la perdió de vista, sonrió y a pasos lentos encaminóse a su casa, en la que vivía modestamente con su viejo padre y su hermana Elsa.

Al otro día, Frieda Mora, cumpliendo su promesa, presentóse en la casa del organista, el cual, aun cuando la esperaba, sorprendióse con su presencia.

—A hora que estamos solos quisiera oírle tocar a usted alguna de sus composiciones—le dijo Frieda.

Otto se turbó. Hombre hecho, que ya se acercaba al final de la primera juventud, pues rondaba los treinta años, la mujer no había

surgido hasta entonces en su camino, por lo que la proximidad de la cantante producíale una dulce inquietud.

Ella insistió en sus deseos:

—¿No quiere usted darme a conocer alguno de los frutos de su arte?

Sentóse al piano Lindemann y sus dedos ágiles rozaron las teclas desgranando en el silencio un rosario de cuentas melodiosas.

Frieda oíale con atención profunda, y al concluir, exclamó:

—¡Es usted un músico genial!

El denegó con tímido gesto.

—Voy a pedirle un favor—añadió Frieda—. Componga una canción para mí, un *lied* sugestivo y delicado y yo haré que su nombre sea conocido en el mundo del arte.

Aquella promesa convenía tan bien a sus esperanzas que él no se resistió a aceptarla.

—¿Me lo promete usted?

—Se lo prometo.

—¿Cuánto tiempo necesita para componer el *lied*?

—Mañana podría tenerlo concluído.

—Pues hasta mañana, entonces... Le espero en la casa de campo de Enrich. O sino, lo mejor será que yo le avise el día que deba venir a verme.

En cuanto Frieda se marchó, Otto se puso a trabajar. Durante muchas horas sus manos

trataron de descubrir los secretos de la armonía. Llegó la noche. Solo en su cuarto de estudio, el organista desplegaba todo su entusiasmo evocando la imagen de la cantante, fuente de inspiración.

Pocos días después fué invitado para una



Como nunca, Otto, ayudado por Elsa, cuidó con esmero de su «toilette».

fiesta en casa del millonario Enrich. Como nunca, Otto, ayudado por Elsa, cuidó con esmero de su «toilette». Su hermana salió con él, acompañándole buen trecho.

—¡Si esa señora quisiera protegerte!—le dijo Elsa.

—¡Quién sabe!

Separáronse cerca de la finca de Enrich, donde ya estaban reunidos los invitados.

Con su actitud encogida e irresoluta de hombre que vive recogido en sí mismo, Lindemann presentóse en la casa del millonario, siendo recibido por Frieda, que le preguntó:

—¿Me trae usted el *lied*?

—Si no lo trajese no hubiera venido—contestó él.

—¿Pues qué hace que no me lo dá en seguida?

Las manos temblorosas de emoción de Otto acariciaron el papel pautado en que él había escrito la composición.

—Esta es—dijo.

Ella le agradeció con una sonrisa el obsequio, y seguida por él, entró en los salones donde se daba la fiesta.

Todos los rostros se volvieron viéndolos aparecer juntos, y la apocada actitud de Lindemann produjo más de un comentario poco benévolo para el artista, lo que aumentó su confusión.

—Ahora desearía que usted tocara el *lied*—rogóle Frieda después de presentarlo a Enrich.

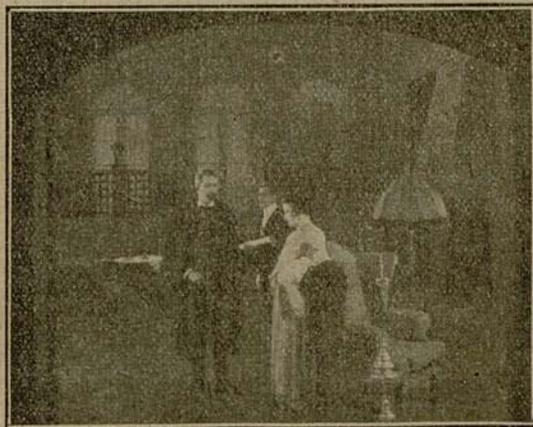
—El *lied* está dedicado exclusivamente a usted—repuso él con vehemencia.

—No importa.

Una nube de tristeza empañó las pupilas de Lindemann, quien, acercándose al piano con Frieda, le dijo en voz baja:

—Perdóneme; con su permiso tocaré otra cosa.

Y el humilde organista de aldea hizo vibrar



Las manos temblorosas de emoción de Otto acariciaron el papel pautado en que él había escrito la composición.

el alma del piano, y ella aspiró las claras notas con un ansia infinita de ilusiones, que despertaban al conjuro de la música.

Desde aquel día, Otto sólo tuvo pensamientos para la cantante. Su padre llegó a notarlo y le dijo a Elsa:

—Tengo miedo que nos roben a Otto.

—¿Por qué dice usted eso, padre?

—¿No has observado tú, hija mía, que él ya no es el mismo?

Oyóse la voz de él llamando a su hermana:

—¡Elsa!

—¿Qué quieres?

—Que me arregles la corbata.

Lindemann estaba citado con Frieda, a la que debía ir a ver aquella tarde, y esta era la causa de que solicitase para el arreglo de su persona, el auxilio de Elsa.

—Nos quedaremos sin Otto, hija mía... Ya lo verás — dijo el viejo sacristán a su hija cuando ésta volvió a su lado.

—No te preocupes, padre. Es posible que esa señora le proteja y entonces la fortuna se nos entrará por las puertas de nuestra casa.

Movió la cabeza el anciano en señal de duda y volvió a decir:

—¡Nos lo robarán!... ¡Nos quedaremos sin él!...

En tanto Lindemann llegaba a la posesión de Enrich y hacía anunciar a Frieda, que se presentó a él más encantadora que nunca.

—Le esperaba, mi admirado artista. Ya me sé el *lied* de memoria.

—¿Tan pronto? — inquirió él.

—¡Es bellísimo! ¿Queréis que lo cante?

Acompañada por Otto, ella comenzó a cantar

el *lied*, y su voz pastosa, rica en modulaciones, triste y cadenciosa, envolvió al organista como una onda de perfumes.

Por primera vez oía a Frieda, la cantante de fama mundial que había rendido a todos los públicos con su gloria...

La letra del *lied*, compuesta también por Otto, palpitaba con el ardor de una declaración:

«Surgiste ante mí en las sombras  
de la iglesia a obscuras...

Tus dulces miradas calentaron mi corazón  
y los sueños nacieron en mi alma triste...»

Desvanecido por la voz de la cantante, tal como si el ensueño pusiera una venda sobre sus ojos, él le tendió los brazos y cayó de rodillas a sus pies.

No dijo nada. No tenía palabras con que poder expresar lo que entonces sentía. Ella lo adivinó, y sus manos lo ungieron con el regalo de una caricia.

—¿Es cierto que me amáis? — le preguntó él dudando.

Frieda no contestó, pero le ofreció sus labios.

## II

Llegó un día en que la cantante tuvo que partir para la ciudad.

Otto levantóse muy temprano y su primer cuidado fué formar un ramo de flores, que pensaba ofrecer a la artista.

Apresuradamente encaminóse a la finca de Enrich. Un criado le salió al encuentro.

—La señora acaba de marcharse—le dijo.

El rostro del organista delató la impresión penosa que le produjo la noticia.

—... Pero acortando camino—le indicó el criado—, acaso podríais alcanzarla.

No quiso oír más Otto, echándose a correr a través de los campos, siguiendo un atajo de él conocido, que le condujo a la carretera minutos antes de pasar el «auto» de Frieda Mora.

Situado en una altura, él lo vió venir y arrojó al interior del coche el ramo de flores, homenaje sencillo de un hombre en cuya alma comenzaban a encenderse las alegres hogueras del amor; y ella correspondió al saludo con un gesto de sus manos, que aletearon en el aire diciendo adiós a su amigo...

Días más tarde, lleno del recuerdo de la artista, determinó seguirla en su viaje.

—Ya verás, mi querida Elsa—dijo a su hermana—, como vuelvo dentro de poco con gloria y con dinero.

El anciano padre y Elsa fueron a despedirlo a la estación, y el buen viejo lamentóse al quedarse sin el hijo:

—Ya te lo decía yo, Elsa... ¡Nos lo han robado!

La noche del día en que Otto llegó a la ciudad, Frieda debía actuar en el teatro de la Opera cantando «Mignon».

Los carteles anunciadores, difundidos por las calles, le revelaron al organista dónde podría verla y, en su impaciencia, quiso presentarse a ella en seguida.

Dirigióse a un empleado del teatro.

—¿La señorita Frieda Mora?—le preguntó. Desearía saludarla.

—La señorita Mora no puede recibirle en estos instantes.

—Soy un conocido suyo.

—No insista; tenemos órdenes terminantes de no dejar pasar a nadie.

El organista adquirió entonces una localidad, pasando al interior del teatro, ocupado por una multitud entusiasta de la música.

De pronto alzóse el telón y él sintióse deslumbrado viendo a Frieda en escena.

Concluido el primer acto, un empresario londinense se hizo presentar a la cantante para proponerle una contrata ventajosa.

—Tendré en cuenta la proposición que usted me hace—repuso ella al ofrecimiento del empresario—el día que me decida a emprender una «tournée» por el extranjero.

—Tenga en cuenta que le ofrezco un contrato en blanco... Las condiciones que usted ponga, todas me parecerán buenas.

—A pesar de eso...

—¡Señorita Frieda!... —la llamaron.

Comenzaba el segundo acto. De nuevo Otto vió a la cantante, y entre su entusiasmo de voto de adorador y los aplausos del público, la voz de la cantante alcanzó aquella noche matices y grados de expresión insuperables y su éxito, como nunca, fué rotundo.

Después del triunfo, a la puerta del teatro, confundido con los espectadores que esperaban a la artista para aclamarla, hallábase Otto.

Al aparecer el «auto» de Frieda sonó una delirante ovación.

El organista logró destacarse de la multitud y acercarse al coche. Ella, al verlo, le tendió la mano con un papel, al mismo tiempo que le decía:

—Venga usted a verme mañana.

En el papel estaba escrita su dirección.

Las primeras palabras con que, al día siguiente, le recibió la cantante, no pudieron ser más halagadoras.

—Ayer tuve una gran alegría al verle—le dijo—.Créame, fué para mí una sorpresa inesperada.

Estaban los dos solos en un gabinete coquetonamente adornado.

Ella le invitó a que tomase asiento a su lado, en un confidente.

—Pero dígame, Lindemann, ¿con qué objeto vino usted a la ciudad? ¿Sólo por verme a mí?...

Haciendo un esfuerzo sobre sí mismo para vencer su timidez, Otto contestó:

—Sí, sólo por verla a usted...

Se levantó truncando la frase viendo aparecer dos señores, e hizo ademán de marcharse.

—No se vaya usted—le dijo Frieda—.Quiero presentarle a mi director.

Era éste un caballero alto, de barbas blancas, altivo continente y severa mirada.

—Le presento a usted a Otto Lindemann, el músico de que ya le hablé... un compositor de verdadero talento.

El director observó de arriba abajo al humilde organista; luego apoyóle la mano en un hombro y le dijo haciendo por sonreír:

—Son tales los elogios que Frieda me ha

hecho de usted, que yo no puedo rehusarle ni mi amistad ni mi apoyo.

\*  
\*\*

Seis meses después, una mañana, Frieda, leyendo un periódico, detuvo sus ojos en la siguiente noticia:

*De arte.*

*La composición premiada que tan brillante éxito obtuvo en el concierto de anoche, se dice que es la obra de un compositor desconocido hasta hoy, llamado Otto Lindemann...*

En aquel instante una doncella anunció a Frieda que el humilde organista esperaba ser recibido.

La estancia en la ciudad había transformado a Otto, borrando de su figura el aire aldeano, para convertirlo en un hombre de sueltas maneras en las que apenas si se podían advertir las huellas de la timidez.

—Mi enhorabuena; su triunfo le abre desde hoy todas las puertas—le dijo la cantante.

—¡Oh Frieda! A usted se lo debo. Sin el estímulo de su cariño yo no hubiera hecho nada...

No pudo proseguir. Los brazos de ella se le abrieron y él se precipitó a estrechar contra su pecho a la mujer que lo había arrancado de los fondos grises de la aldea, donde vivía obscuramente, para lanzarlo en medio de la ciudad permitiendo que su talento lo diese a conocer.



—¡Oh Frieda! A usted se lo debo. Sin el estímulo de su cariño yo no hubiera hecho nada...

Unidos desde entonces por el doble vínculo de su profesión artística y del amor, marcharon juntos, concluyendo por dar forma a las aspiraciones de sus almas consagrando su cariño en el ara del matrimonio.



...y ella aspiró las claras notas con un ansia infinita de ilusiones, que despertaban al conjuro de la música.

Este enlace constituyó el principio de una vida de doradas alegrías, que se enaltecieron con el nacimiento de un hijo.

Mientras tanto, allá en la aldea, Elsa, que se había quedado huérfana, escribía a su hermano.

La pobre muchacha, llenos de lágrimas los ojos, iba trasladando al papel sus congojas de huérfana con una gran inquietud.

—¿Querrá recogerme ahora que su nombre es conocido?—preguntábase.

Pronto tuvo respuesta su pregunta en el telegrama que, como contestación a su carta, le envió Otto:

«Ven. Te esperamos».

Así decía el telegrama.

Elsa se puso en camino, y todos sus temores se desvanecieron, cuando, al entrar en el piso de Otto, éste la acogió diciéndole:

—Bienvenida sea, mi querida hermanita, en su nueva casa.

Elsa puso todo su cariño en la hija de Otto, convirtiéndose en su guardián tutelar.

Unos tras otros transcurrieron muchos días. Pero llegó uno en el que Frieda comenzó a sentir la nostalgia de las emociones que en su existencia de soltera gustara haciendo la vida del gran mundo.

Otto, director ahora de la orquesta de la Opera, era enemigo de que su mujer reanudase

sus frívolas costumbres de otros tiempos, mientras ella anhelaba cada vez más volver a su vida de entonces, sin otras obligaciones que las que le impusiera su voluntad y siempre rodeada de admiradores sometidos a su capricho.

Y sucedió que, sin permiso de su esposo, comenzó a recibir a sus antiguas amistades.

Una mañana, Otto, irritado contra su mujer, celoso de que ella gastase su tiempo oyendo las galanterías de dos cortejadores, entró en la sala de recibir y le dijo airadamente:

—Frieda, nuestra hija te necesita.

—Perdónenme, vuelvo en seguida — excusóse ella con sus amigos.

Otto la esperaba en otra habitación.

—Tu conducta no ha podido ser más incorrecta—le dijo ella a su marido—. ¿A qué conduce que te muestres celoso y me pongas en ridículo?

—Yo no estoy dispuesto a consentir—replicó él—que tus antiguos admiradores te acosen como cuando aun no eras mi mujer.

Desde aquel instante quedó rota la paz del hogar, y los días buenos, llenos de alegrías, alejéronse para siempre empujados por el viento de la discordia.

Cierta noche en que Frieda debía cantar «Carmen», recibió la siguiente carta del empresario londinense:

«Dentro de pocos días regresaré a Londres, y quiero, antes de marcharme, renovarle el ofrecimiento de mi contrato con un aumento del 20 por ciento en el sueldo...»

Guardóse la carta. Instantes después, poco antes de presentarse en escena, Otto sorprendióla hablando con dos admiradores y la censuró con acritud.

Levantóse el telón. Lindemann dirigía la orquesta y, oyendo cantar a su mujer, una profunda angustia íbase apoderando de su ánimo; y ella acordábase, en tanto, de su hija, como si quisiera buscar en su recuerdo defensa contra una idea torva que había surgido en su pensamiento.

La ópera alcanzaba entonces ese momento en el que cruzan por la escena las voces del coro trágico que preludia la muerte...

Cayó el telón y, durante un entreacto, Otto presentóse en el *camerino* de su mujer.

—Oyeme por última vez—le dijo—. Piensa en tus deberes de esposa y de madre y renuncia a tus ligeras costumbres.

—¿Acaso crees tú que estoy dispuesta a ser la víctima de tus absurdos recelos?

Al oír aquella réplica, Otto alzó los brazos con un ademán agresivo, que ella acogió desdenosamente.

El salió y ella, al quedarse sola, volvió a leer la carta del empresario, al que se apresu-

ró a decir cuando vino a buscar la respuesta a su nuevo ofrecimiento:

—Acepto el contrato... Yo me llevaré a mi hija y, si usted quiere, podemos partir esta misma noche.

—De acuerdo.

—Prepare el equipaje —ordenó ella a su doncella—. Dentro de dos horas nos iremos.

Sintiendo que su felicidad estaba amenazada, al concluir la función, Otto regresó a su casa y buscó en los brazos de su hija fuerza para resistir su dolor.

En una habitación inmediata, Frieda preparábase a emprender el viaje, y escribía a su marido:

«Tus celos han concluído por hacerme insoportable la vida a tu lado. Acabo de firmar un contrato para una «*tournée*» por Inglaterra y América. La niña me acompañará porque me pertenece y no quiero separarme de ella. Adiós.»

Otto había acostado a su hija y vigilaba su sueño.

Ella, antes de entrar en la alcoba, vaciló. Presentía que, como la «*Carmen*» de Bizet, le esperaba un doloroso destino si consumaba su marcha.

Empujó la puerta y dirigióse a la cuna en que dormía la niña.

—¿Qué, pretendes llevarte mi hija?

El acababa de erguirse y estaba frente a ella en actitud amenazadora... De pronto extendió el brazo y gritó:

—¡Fuera! ¡No tienes ningún derecho en esta casa!... Acabas de perder tu marido y tu hija... ¡Fuera!



—¡Fuera! ¡No tienes ningún derecho en esta casa!...

Aterrada por la violenta expresión de Otto, Frieda salió, y él, viéndola marchar, sintió que se agotaba toda su energía...

Sonó el bocinazo de un auto. Otto asomóse a una ventana y pudo distinguir cómo su mujer montaba en el coche y éste partía... Sus

piernas flaquearon, tuvo la sensación de que el corazón se le iba a romper y, llevándose las manos al pecho, cayó pesadamente, sin un gemido...

### III

Y transcurrieron los años de gloria. Y vino un día en que el fracaso dibujó su mueca brutal sobre el ídolo de todos los públicos.

Ya no era Frieda Mora la artista de las noches triunfales que arrancaba los aplausos y que los empresarios se discutían ofreciéndole contratas por cantidades fabulosas.

Los periódicos comenzaban a juzgar su arte como algo pasado ya, que ahora se hallaba agotado.

He aquí la crítica que leyó la mañana del día en que su nombre figuraba en los carteles para trabajar en «Bohème»:

«En la función de ayer, Frieda Mora no obtuvo el éxito acostumbrado. Su voz, antes tan

*brillante, parece ahora débil, advirtiéndose en ella síntomas de fatiga que le restan fuerza en las notas altas...*»

Y aquella noche, herida por el desengaño y enferma por los recuerdos, Frieda vaciló cantando «Bohème».

—Pero, ¿qué le pasa a usted? —le preguntó el empresario en un entreacto—. Cada vez lo hace peor y su fracaso me envuelve a mí.

—Yo hago todo lo que puedo —repuso ella débilmente.

—¡Necesito que me rescinda este contrato que me lleva a la ruina! —clamó el empresario.

Frieda cogió el contrato y lo rasgó con sus manos, presintiendo que con esta acción ponía término a su carrera artística.

En sus ojos, húmedos de lágrimas, reflejaron entonces las escenas apacibles de los días que fuera dichosa, cuando se hallaba cerca de Otto y de su hija.

La llamaron a escena. Con un esfuerzo sobrehumano intentó sostenerse hasta el final de la función; pero, lo mismo que la protagonista de «Bohème», ella sentíase morir...

...Apenas se oía su voz, triste y cadenciosa como un suspiro.

Se produjo un rumor de asombro en el público, que observó que algo extraño sucedía a la artista.

Al fin Frieda se desmayó y hubo de suspenderse la función.

Llamóse al médico, quien reconoció a la enferma y dispuso:

—Es necesario trasladarla al hospital si no queremos que se nos muera aquí.

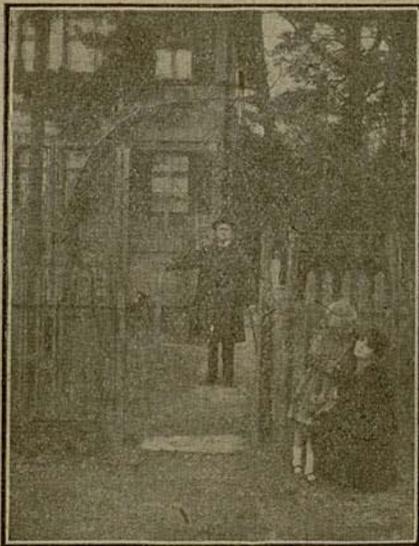


—¡Necesito que me rescinda este contrato que me lleva a la ruina!

Algunas semanas más tarde, después de una grave enfermedad, con la salud quebrantada y perdidas ya las ilusiones de los tiempos idos, Frieda regresó a su patria, donde Otto, medio ciego, habíase retirado a vivir a la

aldea, dedicado exclusivamente a la educación de su hija.

Después de una penosa caminata, la cantante llegó al fin cerca de la casa donde vivía su marido.



—¿Qué desea usted, señora?—preguntóle la niña separándose de su padre.

Todas las tardes, Otto solía salir de paseo con la niña, y ella vio a los dos que regresaban a casa.

—¿Qué desea usted, señora?—preguntóle la niña separándose de su padre.

—Tengo sed.

La niña le trajo un vaso de agua.

—Déjame que te bese—le dijo Frieda estrechándola en sus brazos.

Desde aquel día, la pobre mujer volvió todas las tardes al mismo sitio con la esperanza de ver a Otto y a su hija.

Por las noches, la niña, acompañada de su padre, cantaba, antes de acostarse, el *lied* que Otto compusiera en fecha ya lejana para su mujer.

Apoyada en la cerca que rodeaba la casa, Frieda la oyó y sintiendo que su fin se acercaba, quiso que la muerte la sorprendiese cerca de los seres que amaba.

Le faltaban las fuerzas y tuvo casi que arrastrarse para entrar en la casa.

Otto hallábase sentado al piano y, a su lado, la niña dejaba oír la canción llena de añoranzas.

Con paso vacilante, Frieda presentóse en la sala. Nadie la había oído entrar.

De pronto oyóse su voz diciendo las palabras suaves de la canción de su juventud:

«...*Tus dulces miradas calentaron mi corazón y los sueños nacieron en mi alma triste...*»

El organista volvióse en su asiento.

—¿Dónde estás, Frieda?

Oyóse un sollozo y el ciego llegó hasta su mujer.

—Esta es tu hija. ¡Abrazala!

Frieda quiso gozar de aquella caricia, pero su corazón, destrozado por las emociones, ya estaba cansado de latir, y ella cayó muerta.

—¡Frieda, amor míol... ¡Por fin has vuelto!

Sonaba con trémolos de angustia y de alegría la voz de Otto.

—¿No me dices nada?... ¡Si supieras cuánto tiempo hace que estoy esperándotel...

El pobre ciego tendió los brazos buscando a su mujer y los brazos tantearon en el vacío.

—¡Frieda!—exclamó con espanto.

...Pero ella no le podía oír. El amor de la gloria la había envenenado y con su ponzoña en el alma, arrastrárase hasta caer sin vida a los pies de los que debían haber sido sus únicos amores.

FIN

(Prohibida la reproducción)

---

Este número ha sido sometido a la previa censura militar

---

E. VERDAGUER MORERA.—TOPETE, 16.—TARRAÇA

---

PRÓXIMO NÚMERO:

# Lo que las esposas quieren

sorprendente comedia dramática  
magistralmente interpretada  
por la bellísima

ETHEL GREY TERRV

EMOCIÓN — INTERÉS

Postal-fotografía:  
DOUGLAS FAIRBANKS <sup>(hijo)</sup>

La Novela Semanal Cinematográfica

Sale todos los miércoles

Precio: 0'25 céntimos.

## La Novela Semanal Cinematográfica

### Números publicados

1, No hay juegos con el amor, 6 ediciones. 2, El Valle Florido, 3 ediciones. 3, Amor de madre, 3 ediciones. 4, La Virgen de las Rosas, 3 ediciones. 5, La culpa ajena, 3 ediciones. 6, De hombre á hombre, 3 ediciones. 7, Una mujer, 3 ediciones. 8, Pesadillas y supersticiones (extraordinario), 3 ediciones. 9, Desinterés, 3 ediciones. 10, El Hábito, 3 ediciones. 11, Jimmy Sansom, 3 ediciones. 12, La primera novia, 3 ediciones. 13, El pequeño Lord Fauntleroy (primera jornada), 3 ediciones. 14, El pequeño Lord Fauntleroy (segunda jornada), 3 ediciones. 15, La tormenta, 3 ediciones. 16, Flor de amor, 3 ediciones. 17, La Pantera Negra, 2 ediciones. 18, Bajo dos banderas, 2 ediciones. 19, Corazón de lobo, 2 ediciones. 20, Sueños juveniles, 2 ediciones. 21, El mundo y la mujer, 2 ediciones. 22, Corazones humanos, 2 ediciones. 23, El premio gordo, 2 ediciones. 24, La desconocida, 2 ediciones. 25, Robín de los bosques (extraordinario), 2 ediciones. 26, La Verdad Desnuda, 2 ediciones. 27, El octavo no mentir, 2 ediciones. 28, Cleo la francesita, 2 ediciones. 29, La hija del pasado, 2 ediciones. 30, La chica del taxi, 2 ediciones. 31, La hija de los traperos, 2 ediciones. 32, El príncipe escultor, 2 ediciones. 33, Llovido del cielo, 2 ediciones. 34, Mujeres frívolas, 2 ediciones. 35, Al calor del hogar, 2 ediciones. 36, Sapho, 2 ediciones. 37, Directo de París, 2 ediciones. 38, Lo que vale una mujer, 2 ediciones. 39, El Valle de los Gigantes, 2 ediciones. 40, La sombra del padre, 2 ediciones. 41, Madame Morland (extraordinario), 3 ediciones. 42, Un juego

peligroso. 43, De mal agüero. 44, Veintitrés horas y media de permiso, 2 ediciones. 45, El delincuente. 46, La hija del arrabal. 47, El rancho del oro, 2 ediciones. 48, El falsario. 49, De los confines del silencioso Norte. 50, Entre hielos. 51, La Rosa de Nueva York (extraordinario), 2 ediciones. 52, El precio de la belleza. 53, Contra viento y marea, 2 ediciones. 54, No me olvides, 2 ediciones. 55, En los jardines de Murcia (María del Carmen) 56, Sacrificio de amor. 57, Eugenia Grandet, 2 ediciones. 58, La Bohème (extraordinario), 3 ediciones. 59, ¡Pobre Violeta! 60, Realidades de la vida. 61, ¡Estaba escrito! 62, Las dos huérfanas 4 ediciones. 63, El pescador de perlas. 64, La sin ventura (extraordinario), 3 ediciones. NÚMERO ALMANAQUE. 65, La pequeña parroquia. 66, Frou-Frou. 67, La Famosa señora de Fair. 68, La apuesta sensacional. 69, El Secreto de Polichinela, (extraordinario). 70, La Quinta Avenida. 71, El duodécimo mandamiento. 72, Maruxa. 73, La hija del Nuevo Rico. 74, ¿Por qué cambiar de esposa? (extraordinario). 75, Relámpago. 76, La Dolores. 77, Como la arena. 78, La cuna vacía. 79, El encanto de Nueva York. 80, Borrascoso amanecer (extraordinario). 81, Rosario la Cortijera. 82, La película sin título. 83, Una mujer como otra cualquiera. 84, Todos los hermanos fueron valientes. 85, La batalla, (extraordinario). 86, Espejos del Alma. 87, Gloria fatal. 88, Lo que las esposas quieren.

Postal-fotografía:

1, Douglas Fairbanks. 2, Mary Pickford. 3, Charles Chaplín. 4, Perla Blanca. 5, Antonio Moreno. 6, Priscilla Dean. 7, Eddie Polo. 8, Mary-Douglas. 9, Francesca Bertini. 10, Harold Lloyd. 11, Constance Talmadge. 12, Frank Mayo. 13, Marie Prevost. 14, Ben Turpín. 15, Pina Menichelli. 16, Livio Pavanelli. 17, Norma Talmadge. 18, Tom Mix. 19, Gladys Walton. 20, Aimé Simon Girard. 21, June Caprice. 22, Sessue Hayakawa. 23, Alice Brady. 24, Georges Biscot. 25, Hesperia. 26, Harry Carey. 27, Mary Miles Minter. 28, Charles Ray. 29, Ruth Roland. 30, William Duncan. 31, Pola Negri. 32, Wallace Reid. 33, Elena Makowska. 34, Jorge Walsh. 35, Viola Dana. 36, Camilo de Riso. 37, Alice Terry. 38, Hoot Gibson. 39, Clara Kimball Young. 40, Lee Moran. 41, Maria Jacobini. 42, William S. Hart. 43, Tsuru Aoki. 44, Herbert Rawlinson. 45, Betty Compson. 46, Jackie Coogan. 47, Dorothy Dalton. 48, Larry Semon. 49, Mabel Normand. 50, Gustavo Serena. 51, Marie Dupont. 52, Alberto Capozzi. 53, Leatrice Joy. 54, Charles Hutchison. 55, Gloria Swanson. 56, Rodolfo Valentino. 57, May Mac Avoy. 58, Mario Bonnard. 59, Eva May. 60, Milton Sills. 61, Margarit Livingston. 62, Ermete Zacconi. 63, Mae Murray. 64, «Snub» Pollard. 65, Bebé Daniels. 66, William Farnum. 67, Catalina Williams. 68, Alberto Collo. 69, Lillian Gish. 70, Max Linder. 71, Hope Hampton. 72, Thomas Meigham. 73, Mary Pailbin. 74, Ramón Navarro. 75, Alla Nazimova. 76, Tullio Carminati. 77, Virginia Valli. 78, Eric Von Stroheim. 79, Ruth Miller. 80, Will Rogers. 81, Jacqueline Logan. 82, Tom Moore. 83, Bessie Love. 84, Wesley Barry. 85, Mme. Robinne. 86, Lon Chaney. 87, Corinne Griffith. 88, Douglas Fairbanks (hijo).